



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:

Pensar en la Universidad

Autor:

González Casanova, Pablo

Forma sugerida de citar:

González, P. (1990). Pensar en la Universidad. *Cuadernos Americanos*, 2(20), 96-110.

Publicado en la revista:

Cuadernos Americanos

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 20, (marzo-abril de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PENSAR EN LA UNIVERSIDAD

Por *Pablo* GONZÁLEZ CASANOVA

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS
EN HUMANIDADES, UNAM

QUIERO PREGUNTARME con ustedes cómo podemos pensar en la Universidad. No es una cuestión retórica. Me pregunto cómo pensar en la universidad, en la nuestra, en la sociedad, en la sociedad actual, la de México y un mundo mutante, la del futuro que está aquí y en el que ya se cierne la nueva historia. Yo creo que para pensar en la universidad lo primero que tengo que hacer es amar a la universidad, amar lo que ha sido y es, y la nueva vida que llega. Es un problema pascaliano. Pensar la universidad no es algo puramente racional. Se necesita usar el cerebro, el corazón y la voluntad. Pero esto último, la voluntad, supone que el amor a la universidad va a revelar tesis encontradas, ideas opuestas, temas a debatir. Entonces a mí me parece que es necesario empezar por demarcar algunos temas de debate sobre nuestro tiempo y nuestra sociedad y, desde luego, sobre la propia universidad. Pero el asunto es tan vasto que voy a seguir dos caminos: voy a hablar del futuro y de la sociedad en lo que tienen de vínculos con la universidad, y al final diré sólo unas palabras sobre los temas a debate en esta universidad.

Hay muchos análisis del futuro que tienen que ver con el desarrollo de las ciencias y las humanidades. Si escogemos dos de ellos que ya han sido sometidos al paso del tiempo podemos darnos una idea del problema a que quiero referirme como un problema actual, y que tiende a continuar en la década de los noventa, e incluso en el próximo siglo. Herman Kahn y Anthony Wiener, a fines de los años sesenta, hicieron una lista de tendencias que en su inmensa mayoría (doce de trece) resultaron ciertas. Aun así aclararon que sería sorprendente que la historia no reservara sorpresas. Entre las predicciones más ligadas al tema que aquí nos ocupa se encuen-

tran las siguientes: 1. Un desarrollo cultural basado cada vez más en los datos empíricos, interpretados en forma laica, interpretados en formas pragmáticas, humanísticas. 2. Una acumulación acelerada de conocimientos científicos y técnicos. 3. Una modernización a escala mundial. 4. Un aumento de las actividades terciarias, es decir, de los servicios, de los trabajadores de cuello blanco. 5. Un ritmo de cambio cada vez más acelerado.

En análisis específicos, los aciertos y errores fueron muy importantes. En una lista de 100 innovaciones muy probables a fines del siglo xx, incluyeron la difusión de la informática, la difusión de los medios de instrucción por video y de la enseñanza programada, el acceso a la educación secundaria y a las universidades de una proporción creciente y *mayoritaria* de la juventud. En sus reflexiones sobre las ciencias previeron que en los últimos diez o veinte años del siglo xx se utilizarían las calculadoras electrónicas como instrumentos de enseñanza y que los estudiantes trabajarían en sus consolas desde la educación primaria hasta la superior, por supuesto, tanto en escuelas como fuera de las escuelas. Curiosamente, y siendo la ideología más bien liberal, Kahn y Wiener se equivocaron al creer que a fines del siglo xx "las empresas privadas ya no serían las principales fuentes de innovación", y que "en relación al sector público y social, el comercio jugaría un papel menos importante". Como es bien sabido, esto no ha sido así; entre las sorpresas históricas que hoy vivimos se encuentra un auge inesperado de la gran empresa privada, y hasta un endiosamiento de la economía de mercado y su empuje frente a la planificada y social. Otras previsiones económicas fueron válidas —y son muy significativas para nosotros— como su afirmación de que habría una mayor desigualdad entre los países ricos y los países pobres, y su "escenario" de un Tercer Mundo "con perspectivas de desarrollo poco seguras", con el añadido de un perfil desastroso del Tercer Mundo a principios del siglo xxi, hipótesis que hoy no podemos descartar si sigue dominando la política de desacumulación y subconsumo que han impuesto las grandes potencias y sus sistemas bancarios comerciales a nuestros países. En el terreno político —y esto tiene implicaciones para la enseñanza superior, aunque no sólo para ella—, Kahn y Wiener previeron la decadencia del comunismo de tipo soviético como ideología moderna y revolucionaria, el aislamiento de la URSS como potencia hacia 1990 (*sic*), y la cooperación abierta de Europa Oriental con la Comunidad Europea. Previeron también otro hecho significativo para el mundo entero: que no habría una

catástrofe nuclear entre 1967 y el año 2000, idea que se había venido desarrollando a nivel de los jefes de Estado, y que derivó en el planteamiento de un nuevo orden jurídico mundial con los derechos, los rituales y los símbolos de una autoridad respetada o, en su defecto, en el proyecto de transformación de la lucha Este-Oeste (entre "países comunistas" y "democracias occidentales") en una lucha Norte-Sur (entre países industriales y países "subdesarrollados"). Kruschév había afirmado en 1961 que la paz mundial era posible y deseable, pero que las guerras de liberación existirían mientras existieran el colonialismo y el imperialismo. Casi al mismo tiempo, el Pentágono y la administración Kennedy afirmaron que la verdadera guerra inevitable sería la "guerra interna" en cada país, en particular en los subdesarrollados. Efectivamente la guerra Este-Oeste se desplazaría a la guerra Norte-Sur, procurando limitar ésta a conflictos llamados de "baja intensidad" en el "Sur", con "pequeñas provocaciones e intervenciones que no desataran una dinámica de desastre", que no desencadenaran lo que llaman los expertos una "guerra inadvertida". Todos los planteamientos anteriores nos afectan directamente, y afectan directamente la vida universitaria, como en Panamá, víctima de una de las más crueles intervenciones. También replantean, con el desarrollo de la ciencia y las humanidades, el desarrollo del proyecto humanista, de una historia del hombre para el hombre. Nos lleva a repensar el derecho internacional, la política mundial, la filosofía de la historia, todas las humanidades y nuestro futuro como parte del futuro del hombre. . .

Los problemas de la ciencia y las humanidades, y los del humanismo en relación con los estudios del futuro se enriquecen mucho para nuestros propósitos si recordamos lo que dijeron, en 1966, un grupo de científicos checoslovacos encabezados por Radovan Richta. Nos interesa destacar tres de sus previsiones: la importancia creciente de la ciencia en la sociedad, el peligro de que continuara el colonialismo y la necesidad de un nuevo tipo de economía socialista.

Para el grupo de Richta, digamos para Richta, a fines de este siglo, ahora, cada vez más, la ciencia como fuerza productiva directa sustituiría la utilización del hombre como fuerza de trabajo simple, no calificado, y provocaría un cambio en las estructuras de la producción y del conocimiento que a su vez supondría un cambio colosal en las instituciones de enseñanza. La automatización—de acuerdo con este estudio— tenderá a abolir las tareas de la mano de obra no calificada. "El hombre dejará de producir las co-

sas que las cosas pueden producir''. Por eso los países industrializados, que en 1966 asignaban el 2% del PIB a la ciencia, la investigación y el desarrollo, mostraban entonces una política-tendencia a invertir el 10% a fines de siglo, y 20% o más en la mitad del siglo XXI. Por eso ya desde 1963 el porcentaje de estudiantes admitidos en los establecimientos de enseñanza superior por grupos de edad era el 12% en Francia, el 17% en Canadá, el 34% en Estados Unidos. Con el ritmo creciente alcanzado en la posguerra se esperaba que a fines de siglo el 50% de los jóvenes de los países altamente desarrollados se beneficiarían de la educación superior. Por eso, el gobierno de Estados Unidos invertía desde entonces una alta proporción del presupuesto público —y lo sigue invirtiendo— en la educación superior y la investigación científica. Y eso no obstante que estaba previsto el desempleo tecnológico, el cual en los Estados Unidos se calculaba hasta en 15 millones de hombres para el año 2000; pero es que el desempleo habría de afectar más a los menos preparados, mucho más. Según Richta lo importante para el futuro es un excelente sistema educativo, científico y cultural. Es tan importante o más importante, que la riqueza de los recursos naturales y la capacidad de producción industrial.

El equipo de Richta advirtió la gran importancia de la ciencia-producción, y, por otra parte, contempló con grave preocupación el que continuaran "las tendencias actuales que convierten la superioridad económica y técnica de los países industriales en prácticas neocolonialistas". Pensó incluso que de ocurrir eso —un colonialismo renovado— "se plantearía un problema insoluble a generaciones enteras". La combinación de automatización y colonialismo habría de dar —y esta es una reflexión nuestra— países de trabajadores científicos con robots y países con trabajadores de maquila, en distribuciones favorables a las grandes potencias, y desastrosas a la periferia del mundo, en un neocolonialismo que se renovararía y fortalecería con la transnacionalización, la deuda externa, la privatización y desnacionalización de empresas públicas, la integración de elites políticas y militares transnacionales, y la asunción de los papeles del Estado-nación por los países centrales, incluida la justicia penal transnacional, y el monopolio imperial de la violencia legítima, con apuntes de colonización de aguas litorales, de territorios y canales, de poblaciones y gobiernos. Y estos fenómenos, por supuesto, tienen una importancia esencial para la educación superior a nivel mundial y para los conceptos e instituciones internacionales de cooperación científica y humanística, así

como para el concepto de universidad *nacional* a fines del siglo xx con una ciencia y un humanismo que sin duda entrañan un carácter mundial, global, internacional, nacional y otro dependiente, neocolonial o transnacional, problemas ambos que revierten sobre el humanismo y su capacidad de repensar una ciencia productiva sin neocolonialismo, y con un compromiso social hacia las mayorías. La crisis de los gobiernos nacionalistas, de los socialdemócratas, y de los socialistas que eliminaron del centro de la escena económica, política y social al gran capital, repercute hoy sobre todos los proyectos que plantean la solución de la cuestión social frente al capital y de la nacional frente al imperio. Una rica polémica abre al nuevo pensamiento creador, en el que vale la pena destacar otra predicción del equipo checo que puede servir para repensar en lo económico, lo tecnológico y lo científico, el proyecto alternativo del neoliberalismo conservador dominante hoy en los círculos intelectuales y universitarios. Según decía Radovan Richta *desde 1966* la socialización de los medios de producción, su carácter público y social predominantes pueden ser combinados con el "espíritu de empresa", así como los estímulos morales pueden ser combinados con los materiales y en éstos, el estímulo de los salarios con el de las utilidades. Esas combinaciones, aseguró, pueden dar un proyecto realmente eficiente para resolver los problemas económicos y sociales, siempre que las mayorías sean la fuente del poder y de las decisiones. En la Praga de 1966 un equipo de intelectuales, más tarde anulados por la intervención militar ordenada por Breznev-Khoziguin, dijo lo que hoy afirma desde la más alta tribuna soviética Gorbachov. Dijo: "las medidas tomadas hoy por los países socialistas para utilizar las leyes del mercado, las categorías del valor, etcétera, pueden parecer a un observador superficial un retorno en dirección al capitalismo. Es todo lo contrario. . . se trata de formas mercantiles en las que se mueve la economía socialista en tanto que economía del trabajo social. . .". La investigación en ciencias sociales, la educación de las ciencias sociales en la Universidad tienen retos enormes para profundizar en "los estímulos económicos y las motivaciones profundas del hombre", o en la eficiencia como un problema privado y como un problema social, público, de "la mayoría".

Pero, a este respecto, me gustaría regresar al problema de la modernización científica, tecnológica, etcétera, un problema muy en boga, y a otro, que se ha puesto de moda también en el conjunto del orbe: la democracia. Desde que las monarquías absolutas de

Europa modernizaron sus ejércitos, sus burocracias, sus sistemas impositivos, sus leyes, y una parte de sus mercados, la modernización presentó una de sus dos caras, la conservadora. Esta "logró reforzar —como ha mostrado el historiador inglés Perry Anderson— el dominio de la clase feudal tradicional". Fue una modernización al servicio de intereses ancestrales. Pero hubo otra. La modernización que afectó el poder y la propiedad dominante y que tuvo su primer gran éxito a partir de la Revolución Francesa en que se desplazaron el poder y propiedad de los feudales a los burgueses, y otra modernización más, ocurrida mucho después, la Rusa de 1917, en que el poder y la propiedad de los medios de producción se desplazaron hacia las organizaciones políticas y administrativas más o menos controladas por los trabajadores. Tal vez hoy se está iniciando una nueva modernización en la Unión Soviética y en los países del resto de Europa.

Las modernizaciones conservadoras, en el mundo colonial y neocolonial, se realizaron en distintos periodos: hacia fines del siglo XVIII durante el imperio español, a fines del siglo XIX y principios del XX en los imperios dominados por los grandes monopolios privados europeos y norteamericanos; en la posguerra, sobre todo en la ofensiva neoconservadora que transforma el neocolonialismo en transnacionalización integral, o que busca transformarlo. La primera modernización revolucionaria del mundo colonial ocurrió con la revolución de independencia de Estados Unidos respecto a Inglaterra. La Revolución China de Sun Yat Zen y la Mexicana de 1910 que culminó con la expropiación del petróleo a las compañías extranjeras en 1938, constituyeron la primer gran oleada revolucionaria de modernización del Tercer Mundo. A ellas se añadieron las revoluciones nacionalistas y socialistas, o llamadas socialistas, de Africa, Asia y América Latina. En todo caso, lo que queremos también destacar es que cuando se habla de modernización se está uno refiriendo a un fenómeno mundial. Como ha hecho ver Theda Skocpol, la modernización se concibe mejor cuando no sólo se le ve como un proceso nacional y coyuntural sino como un proceso global e histórico. Con lo anterior quiero destacar que el problema no consiste en estar a favor o en contra de la modernización pues ésta es un hecho de larga duración, y un hecho que abarca al conjunto del universo. No, el problema más bien radica en ver de qué modernización hablamos, si de una modernización conservadora o progresista; y también si se trata de una modernización neocolonial, transnacional, o de otra liberadora, o que sienta las bases de un

trato que no sea desigual entre las naciones, de un trato que no sea explotador y colonial. Y aun este planteamiento es insuficiente, como lo han comprobado con amplitud las experiencias históricas del siglo xx: el problema de la modernización también consiste en saber si se trata de una modernización autoritaria o de una modernización democrática. Ese es el problema esencial, o mejor dicho, ese es el problema que parece ocupar el primer plano en la dinámica histórica de nuestro tiempo, no sólo en el Este sino en el Oeste, y no sólo en el Sur sino en el Norte. Aquí vale la pena detenerse un poco para atar cabos. Quiero decir que para la Universidad, la modernización no es un asunto a discutir, no es un asunto a aceptar o rechazar; que para la Universidad y su desarrollo de las ciencias y las humanidades, de la investigación, la educación y la difusión de la cultura, la necesidad de modernización es un hecho, y un hecho renovable, repetible necesariamente, pero que nos obliga a pensar en la modernización que queremos dentro de un proyecto humanista. Y allí es donde cabe la necesidad de reflexionar en la modernización, en la Universidad y en los proyectos humanistas de liberación y justicia social que en su forma más profunda plantean el proyecto de la liberación y el socialismo *como* un proyecto democrático. Ahora bien, si nos acercamos a los problemas con una gran perspectiva, y después regresamos a nuestras tareas inmediatas, nos damos cuenta que el planteamiento de la democracia a finales del siglo xx no sólo implica la definición de la democracia como poder del pueblo, para el pueblo o por el pueblo, sino que también implica varias metas: 1o. El respeto a las formas de pluralismo ideológico; 2o. El respeto a las formas de pluralismo en las representaciones políticas; 3o. El respeto y cultivo del diálogo como arte de preguntar, de oír, de precisar a través de la crítica y la información, de la claridad y la exactitud, en respuestas que tiendan a desentrañar los argumentos, los hechos sin calificativos ni enjuiciamientos globales o autoritarismos convertidos en dogma y prejuicio; 4o. El respeto a la mayoría como respeto al sufragio y otras formas de auscultación frente a las mediaciones de clientelas, capillas, clanes, gremios, grupúsculos, que en experiencias diversas han anulado la expresión de la mayoría no sólo desde arriba, o desde el poder establecido, sino desde abajo y desde un poder democrático emergente que en la micropolítica y en los hechos se traiciona a sí mismo; 5o. (Y punto también muy importante para la universidad). El reconocimiento lúcido de lo que es el especialista, de quien ha estudiado algo y lo conoce a fondo, lo domina,

ya sea en las ciencias físicas o naturales, o en las humanas y administrativas, con la experiencia secular comprobada una y otra vez de que la sociedad contemporánea necesita en forma vital del hombre de ciencia del más alto nivel, del ingeniero y técnico que trabajan en las industrias de punta y más avanzadas, y de los administradores de instituciones y organizaciones complejas; 6o. El reconocimiento de la libertad intelectual, y de la autonomía de los centros de pensamiento, como un caso particularmente importante dentro de las libertades individuales y las autonomías colectivas; 7o. Y algo más dentro de esta serie de objetivos que caracterizan la nueva lucha por la democracia, que caracterizan a esta democracia emergente, algo que nos atañe de manera muy directa: la concepción de la democracia no sólo como un fenómeno político, sino como un fenómeno cultural que abarca el conjunto de la vida individual, familiar, social, política, y también económica, frente a tiranos y explotadores; la pública e íntima, entre ciudadanos, y en el trato de pareja a la mujer, al niño; en el trato al empleado, al trabajador, no se diga ya al que tiene un color distinto de uno, con repudio de cualquier racismo por sutil y leve que sea.

En todo este cambio de la democracia como cultura, no sólo nos atañe el problema de la democratización como diálogo, sino el problema de la democratización como trabajo moderno e incluso especializado. El desarrollo de la democracia como cultura, de que habla el boliviano Fernando Calderón, el desarrollo de la cultura dialógica a que ha dedicado su vida el brasileño Paulo Freire, el arte de saber preguntar para dialogar, con que rompió nuestra tradición hispanoautoritaria el gran poeta español Antonio Machado, exigen de la Universidad, hoy, no sólo el incremento y el dominio de la cultura del diálogo sino del diálogo informado, pues como observó Drucker hace treinta años: en la organización moderna más que la subordinación cuenta la personalidad para el éxito del individuo y de la organización. Todo lo cual nos lleva a la convicción más profunda de que la sociedad futura necesitará una cultura democrática y una práctica democrática, informada y formada, en que la persona humana y el humanismo que va a formar la universidad y la sociedad vayan al encuentro de la nueva historia.

Pero no todos son tan optimistas como esta frase parecería indicar. Al contrario, hay muchos ideólogos cuyos pensamientos tenemos también que considerar, y que están hablando desde hace tiempo del fin de las ideologías, del fin de las utopías, o más re-

cientemente del *posmodernismo* y del fin de la historia. Quiero limitarme a estos últimos

Hoy existe una gran corriente filosófica y publicitaria llamada Posmodernismo. Akhmal Hussain —un sociólogo de Pakistán— ha dicho con razón que “el posmodernismo es un posthumanismo”. En realidad, se trata de la negación del humanismo que está más de moda. Corresponde al desarrollo sin freno del pensamiento neoliberal que se lanzó contra los Estados populistas y socialistas destacando las terribles contradicciones de éstos y que, como en la época del liberalismo, clásico, endiosó al mercado frente al Estado. El antihumanismo posmodernista exige aceptar el sacrificio humano que implica el imperio neoliberal sobre los pobres del centro y de la periferia. Pide considerar como un hecho natural la miseria en que viven las tres cuartas partes de la humanidad. Como ha observado Franz Hinkelammert, el posmodernismo “se niega al reconocimiento de una ética universal y es una filosofía comparable a la del nazismo (o a la del colonialismo de Cecil Rhodes) en el sentido de que considera que la vida es guerra y que los débiles pierden necesariamente esa guerra. Para el posmodernismo el “mercado total” aparece como el ámbito de la guerra, y el único derecho humano es vivir la guerra del mercado, y en ella triunfar o perder. En el posmodernismo hay una especie de reconocimiento cínico de la demagogia neoconservadora. Ante las falsas ilusiones que siembra la demagogia neoconservadora al decir que va a resolver —con esta economía y esta sociedad, y con una “democracia sin pueblo” — los problemas sociales, nacionales e individuales que en realidad acentúa en una forma empresarialmente bárbara y moderna; ante esas falsas ilusiones el posmodernismo, igualmente conservador, declara pomposa y filosóficamente que los pobres y los pueblos ya perdieron la lucha para siempre. Es la misma tesis que sostiene el más publicitado de los “filósofos” de nuestro tiempo, un funcionario del Departamento de Estado, de nombre, americano-japonés, Francis Fukuyama. En un artículo, con muchos “comerciales” sobre el fin de la historia, sostiene Fukuyama que no hay alternativa —fascista o comunista ni de ninguna otra especie— frente al sistema mundial dominado por las corporaciones transnacionales de las grandes potencias capitalistas. Según él, el fascismo murió con la bomba atómica de Hiroshima, el comunismo y el socialismo con la Perestroika de Gorbachov. Así, ningún régimen podrá en el futuro suceder a la “Democracia Occidental”. Ya no habrá historias sino naderías, en que los hom-

bres sufrirán o gozarán su vida sin ideas nuevas, ni grandes proyectos humanos. El Tercer Mundo sólo causará problemas menores en medio de su corrupción, de su ineficacia, de su atraso homuncular que Occidente tendrá a raya. No es este el lugar para mostrar la debilidad de semejantes ideas, ni la imposibilidad histórica y empírica de concebir la sociedad humana sin alternativa. Baste decir que lo mismo se han propuesto las fuerzas más reaccionarias en la Edad Moderna —desde que dieron por muerto a Dios— y que a sus anuncios escatológicos del fin del mundo y del sentido de la vida, siempre vino a enfrentarse la esperanza y el triunfo histórico de los movimientos humanistas. Nuestra hipótesis pues, es que la universidad mexicana y nacional, tiene muy altas probabilidades de acompañar el principio de una nueva *historia* que habrá de arrumbar el sanseacabó de filósofos miedosos e intimidantes a la moda. La Universidad, más que nunca, tendrá que contribuir a pensar, y a hacer, el proyecto humanista emergente

Dentro de este amplio panorama de la situación mundial y algunas de sus características esenciales, quisiera decir una palabras sobre México. Pues si para pensar en la Universidad tenemos que pensar en el mundo de hoy, decir algo sobre la forma en que la Universidad es parte de México parece inexcusable. Como es bien sabido, México se ubica en esa región del mundo que ha padecido la historia del colonialismo y que ha tratado de liberarse de ella. Y si hoy padece todas las políticas neoliberales y fondomonetaristas que con la deuda externa, la transnacionalización, la desnacionalización, el deterioro de los términos del intercambio, la apertura de nuestros mercados y la cerrazón de los centrales, los altos costos de marcas y patentes, etcétera, provocan los fenómenos de desacumulación y subconsumo ampliamente registrados con estadísticas oficiales, nacionales e internacionales, el país presenta algunas características concretas que me parece es importante tomar en cuenta en la Universidad Nacional Autónoma de México, sobre todo al estudiar su situación y sus cambios posibles o deseables. Voy a ser muy esquemático; pero espero al menos señalar algunos rasgos aproximados y esenciales.

Yo creo que al pensar en la Universidad tenemos que pensar en la lucha ideológica neoliberal, privatizadora, partidaria de reducciones crecientes de la inversión y el gasto público, y que tiende desde hace varios años a sustituir los subsidios de beneficio popular o sociales por grandes transferencias que han beneficiado sobre todo a la gran empresa privada, particularmente en los últi-

mos sexenios; yo creo que esa lucha ideológica y esa política van a presionar fuertemente sobre el proyecto de modernización de la universidad pública y privada. Pero no creo que tengan un sentido unívoco ni que operen de una manera fatal. Hay varios fenómenos que me llevan a pensar así, y también que existe un cierto margen de libertad para no aplicar en el México de hoy la ortodoxia neoliberal y fondomonetarista. Enuncio algunos: el Estado mexicano sigue teniendo elementos de fuerza considerable en comparación con otros estados del Tercer Mundo. No entro a discutir definiciones: pienso en la escolar del territorio, la población y el gobierno como integrantes del Estado, diría del Estado-nación. Con este enfoque, tan amplio, creo que el gobierno tiene algunos grados de libertad no desdeñables y que tal vez ha estado considerando para no enfrentar una crisis político-social más grave. Por ejemplo, en relación con la deuda externa, cabe tomar en cuenta que el Pentágono estimó que México amerita un trato especial, por razones de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, y si ese trato no derivó en las grandes ventajas que en un principio esperaron los círculos oficiales, sí contribuyó a consolidar una alianza gobierno-empresarios-centrales obreras que contuvo los peligros hiperinflacionarios, y dio margen, con algunas medidas más, a una política de recuperación relativa que, con todos sus límites, es un hecho. Con lo cual no quiero decir que dentro de unos cuantos años no vuelvan a agravarse los problemas; me pregunto por ejemplo cómo vamos a reducir nuestra deuda externa cuando ya no tengamos empresas que vender o cambiar por "swaps". . . Lo que quiero decir es que esos elementos inciden en nuestros proyectos de Universidad. A ellos se añade otro de la mayor importancia, y es el que se refiere a la democratización del país. En este terreno, si se encuentran obstáculos muy grandes, y los hay, es innegable que también existen elementos en juego que no se dan en otras regiones del mundo: nuestra cultura política liberal, de tolerancia y respeto a las ideas, mantiene y amplía espacios muy significativos para el cambio político global, no sólo a nivel de la sociedad civil sino del gobierno. En este último, se han dado expresiones críticas y presiones políticas en el Congreso que han superado cualquier antecedente en la historia de ese foro, sin que la derecha pueda sostener que vivimos en la anarquía y la ingobernabilidad. En los periódicos, por lo demás, hay un nivel de información nacional e internacional que en pocos países alcanza a expresarse con tanta posibilidad de informar e incluso, a veces de influir. Las graves violaciones al

sufragio, y la forma en que varios periodistas han sido hechos víctimas de un autoritarismo a veces criminal, no nos puede ocultar el hecho que quiero destacar. Que las posibilidades democráticas que se abren paso en el país, como expresión y representación pueden también, con las variantes necesarias y deseables, darse en la Universidad. En muchos casos se dan. Es innegable que en pocas universidades del mundo se goza de una libertad de cátedra como la de nuestra Universidad.

A los hechos anteriores, que le dan fuerza al país, a la Universidad, no puede uno dejar de añadir tres características más: la de un pueblo que tiene una cierta cultura del poder y que sabe cuándo detenerse si no puede tomar el poder, y *se detiene*; la de una oposición política que ha hecho suyas las normas constitucionales, y en la que destacan el Partido de la Revolución Democrática y el Partido de Acción Nacional, y finalmente, la de un gobierno que no obstante ha reducido o privatizado una parte importante de sus estructuras de acción social y de actividad económica, desde la banca, pasando por los energéticos, la industria, el transporte, las comunicaciones, el comercio y los mercados, todavía posee los instrumentos públicos necesarios para impedir la desestabilización natural e inducida que sufren otros gobiernos de la periferia mundial; esos sin poder hacer absolutamente nada.

Si la democratización del país crece, y si logra una defensa de la propiedad pública y social para una articulación con la propiedad privada que limite el modelo de desacumulación y subconsumo, muchos de los planteamientos sobre modernización y democracia, sobre excelencia académica y expansión de la educación, superior aumento de los recursos económicos y humanos de la Universidad, serán objetivos relativamente viables. En todo caso yo creo que debemos luchar por ellos con una idea central: que pase lo que pase, entre más estudiantes se eduquen a un alto nivel, siempre habremos de ganar, y que algo semejante ocurrirá con la modernización progresista de la investigación y de la difusión cultural, todo dentro de un espíritu de pluralismo ideológico y libertad de expresión, y también de calificación en el conocimiento y el respeto al conocimiento especializado.

Con lo dicho quiero hablar de algo que no he mencionado hasta ahora: algunas de las tareas más específicas en las que creo que debemos pensar en la Universidad Nacional Autónoma de México. Las enuncio muy brevemente. *Primero*: Tenemos que plantearnos la renovación y la rearticulación de lo que es la esencia de la

Universidad, la unidad indiscutible de las ciencias y las humanidades, de la cultura general y la del especialista, de la teórica y la práctica y ésta con sus expresiones en las técnicas y las artes, y unas y otras con un conocimiento de lo general y lo particular, del mundo —en su sentido natural y político—, y la Nación. En la integración de las tareas universitarias, en su articulación, no sólo el Colegio de Ciencias y Humanidades sino todas las instituciones de docencia, investigación y difusión han de pensar y rehacer ese objetivo, con otros más: la creciente articulación y vinculación de los distintos niveles, desde el bachillerato hasta el posdoctorado. Ojalá esa vinculación incluya a nuestra escuela de iniciación universitaria, que debería adquirir características *eje nplares* en el sistema nacional. Pero si éstos son objetivos universitarios, es menester luchar contra cualquier actitud o grupo que frene la cooperación de las escuelas, o intente convertir a la Universidad en un conjunto de instituciones separadas.

Segundo: Defender el carácter nacional y público de la Universidad buscando los mejores modelos de cooperación con las universidades de las entidades federativas y con las universidades o escuelas privadas, abriendo las puertas del mundo en un plano de respeto mutuo y de actualización y flujo de conocimientos que permitan enriquecer y poner al día, o en muchos casos consolidar, las altas metas de la investigación científica y humanística, de la docencia, y también de la difusión de la cultura nacional y universal. Lo anterior supone oponerse a cualquier política de grupos de la sociedad civil o del Estado que intente acabar con el carácter nacional de la Universidad o busque una política de desnacionalización y privatización universitaria. Manteniendo y renovando la autonomía y el sentido nacional, la Universidad debe ser pionera de los proyectos inminentes de integración latinoamericana. En ese sentido no sólo debe mantener su lema sino hacerlo efectivo.

Tercero: Impulsar con entusiasmo y seriedad la modernización de la Universidad en ciencias y humanidades, artes y técnicas, difundiendo o extendiendo el uso de los nuevos instrumentos de cálculo, video, informática, telemática, conscientes de que éstos han implicado una alteración importantísima en la "acción comunicativa", en la conceptualización misma y el trabajo intelectual, sin que quepa dejar de lado la revolución cibernética de nuestro tiempo y las distintas formas del análisis de sistemas. Todo lo cual no entraña olvidar o descuidar los métodos clásicos de conocer y aprender ni a los autores clásicos, que lo son por estar vivos en nuestros problemas y nuestra conducta. En la necesaria tarea de combinar

lo moderno y lo clásico, el Sistema de Universidad Abierta de la UNAM, al lado de todos los departamentos y secciones que manejan los nuevos métodos de enseñanza, de investigación y difusión de la cultura, deben agilizarse e integrarse recreando la Universidad desde dentro. Pero si lo anterior es cierto, resulta necesario oponerse a los prejuicios contra los nuevos métodos de enseñanza, prejuicios de quienes pretenden identificar esos métodos con niveles inferiores de conocimiento como si sólo los clásicos y antiguos fueran de alto nivel, y como si los nuevos métodos no se pudieran aplicar en grupos de alto nivel cuando, de hecho, representan el trabajo intelectual más avanzado de fines del siglo xx. Igualmente será necesario oponerse a quienes en nombre de una *praxis* mal entendida en el campo de las ciencias sociales, no dan al trabajo teórico y técnico el lugar que merece en el conocimiento y transformación del mundo actual al lado, es cierto, de una práctica que va más allá del experimento, más allá del laboratorio, del aula y la biblioteca, pero que sólo alcanza sus niveles más altos en combinación de la cultura llamada superior y las grandes luchas de los pueblos. *Cuarto*: A este respecto, no podemos olvidar que todos nuestros planteamientos se hacen en medio de una crisis que afecta seriamente a nuestra institución, a sus profesores y empleados. A la lucha por que el Estado amplíe el subsidio universitario como parte de una política nacional, tenemos que añadir el apoyo a proyectos concretos, estudiar, por ejemplo, la posibilidad de indexación de colegiaturas (las que rigen hoy fueron fijadas desde 1967), con reformulación de políticas de becas o exenciones que siempre han existido, y de una política fiscal que grave más a los padres de familia con altos ingresos. En cualquier caso, privilegiar la vía fiscal frente a la de colegiaturas parece la política nacional más idónea si queremos mantener la movilización social por la educación que tan importante ha sido para la construcción de México, y si queremos vincular el proyecto de modernización al de democratización. *Quinto y último*: Impulsar la democratización de la Universidad en el sentido realmente *moderno* de extender los beneficios de la educación y la cultura universitaria al mayor número, y también en el sentido de impedir cualquier práctica autoritaria en la Universidad mediante un incremento del diálogo respetuoso e informado, y de la participación de los distintos integrantes de la comunidad universitaria, con reconocimiento del peso y responsabilidad que tienen profesores, directivos, investigadores —la academia— el desarrollo de una verdadera universidad. Reconocer que la Universidad Nacional Autó-

noma de México ha hecho un esfuerzo extraordinario para extender los beneficios de la educación superior y que si es legítimo pedir que se amplíe la proporción de jóvenes que acceden a los estudios universitarios *es necesario* aceptar que se dé mejor educación a un mayor número, y nunca que el acceso a la educación superior olvide las exigencias académicas. Para alcanzar éstas, es menester la cooperación de la UNAM con el sistema de educación primaria y secundaria del país en la fijación de objetivos de aprendizaje, la articulación de planes de estudio, la producción de material didáctico y el establecimiento de métodos longitudinales de evaluación de conocimientos. Por otra parte y en lo que se refiere al gobierno universitario es indispensable reconocer, de manera que no dé lugar a dudas, que en los últimos años la participación democrática en la Universidad ha aumentado en los consejos técnicos, en los consejos internos, en la legislación e interpretación de la legislación universitaria. Darse cuenta al respecto, y sostener con firmeza, que la Ley Orgánica vigente puede ser aplicada en formas democráticas, no sólo en el Estatuto y reglamentos, sino en la práctica, y que hoy la democratización de la Universidad se puede realizar desde dentro de sus marcos, si lo que se quiere es democratizar las decisiones y mejorar los objetivos científicos y humanísticos de la Universidad. Al respecto, pensar que profesores y estudiantes tienen la responsabilidad de democratizar sus propias organizaciones, o de crearlas cuando no existan, con estructuras democráticas e institucionales, conscientes de que su tarea no es sólo de política universitaria, sino de educación por y para la democracia, con una disciplina crítica que sea también ordenada, fuerte por lo respetuosa en el diálogo y en la práctica de las reglas establecidas por la comunidad. En ese sentido actuar con la energía moral y serena que forja el carácter ideal del universitario. En todo caso, pensar que la Universidad debe ser almacén de la cultura científica y humanística del siglo XXI, y de la democracia considerada como cultura. Gracias.